

## LOS SUFRIMIENTOS DE JESUCRISTO

(Abril 1992)

Queridos hermanos y hermanas:

Avanza la Cuaresma, que nos conduce paso a paso, con Cristo Jesús, hasta la ciudad santa de Jerusalén. Allí, después de ser aclamado por el pueblo que lo recibió con palmas en las manos, el Mesías es entregado por los jefes civiles y religiosos de su nación al gobernador romano, quien «preguntó» a la multitud qué quería que hiciese con Jesús de Nazaret. Y otra vez el pueblo, el mismo que unas horas antes lo aclamara jubiloso como a un rey, manipulado ahora por los poderosos, grita con furia: ¡Crucifícalo!

He ahí el sufrimiento incomparable de Jesucristo: haber vivido sembrando amor y experimentar el desprecio y aun el odio, con todo lo que este tiene de irracional y diabólico; haber luchado por todos los medios para despertar en los suyos los mejores sentimientos humanos: la solidaridad, el espíritu de servicio, el desprendimiento, y ver desatadas a su alrededor las peores pasiones del hombre, que le son totalmente extrañas: la traición del delator Judas, la cobardía de Pedro, el cinismo del depravado Herodes, el acomodamiento de Pilatos, la ferocidad del pueblo enardecido contra Él.

Los latigazos, la corona de espinas encajada en sus sienes, los clavos atravesando sus manos y sus pies, la respiración angustiosa y la sed abrasadora, no fueron para Jesús sus mayores sufrimientos. Después que encomendó su espíritu al Padre y sus divinos ojos se cerraron a esta tierra, las imágenes que Él se llevó consigo, grabadas en lo hondo de su ser de Hijo de Dios, fueron las de hombres de puños cerrados y gestos amenazantes, caras contraídas por la mueca terrible del odio, risas estúpidas y movimientos acompasados de multitud despersonalizada. Sí, ese fue el grande e inenarrable sufrimiento de nuestro Salvador y no ha habido ningún otro mayor, o siquiera igual, ni lo habrá jamás.

Porque tuvo que ver delante de sí, en pleno despliegue de actuación programada, el modelo de humanidad que Él vino a borrar de la faz de la tierra y... seguir amando: «Padre, perdónalos...». Sabía que todo estaba por hacer, que debía surgir un hombre nuevo transformado por el amor para que pudiera nacer un mundo nuevo, y moría víctima de la violencia, Él, que no era violento: «aprendan de mí –había dicho– que soy manso y humilde de corazón y hallarán descanso para sus almas». ¡Qué cierto es que los violentos y los soberbios no encuentran nunca descanso! No solo la paz del corazón se da cuando las pasiones agresivas son dominadas y se aquieta el espíritu, también de esa pacificación interior dependen la estabilidad de los pueblos y la concordia social, «dichosos los mansos, porque ellos poseerán la tierra».

Bien sabía Jesús, además, que sus sufrimientos habrían de perdurar, de algún modo, a través de los siglos. Y esto es así a tal punto que, al leer o escuchar los relatos de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo que nos presentan los cuatro evangelios, nos parece estar viendo rostros de hoy y oyendo voces conocidas, pues la pasión de Jesús dura hasta nuestros días. En cada hombre víctima de la violencia, del abuso, de la marginación, sigue Cristo padeciendo.

En los rostros tristes de los niños maltratados, malqueridos, no aceptados, se refleja la mirada desoladora de Jesús que va cargando su cruz.

Cristo muere en cada mujer que vende su cuerpo como objeto de placer, en los jóvenes o viejos que se embrutecen con el alcohol o la droga, en los millones de seres que sufren hambre y desnutrición o carecen de instrucción o de cuidados médicos en nuestro riquísimo planeta.

Pareciera así que la marcha de la humanidad se hace penosa, como la subida de la cuesta del monte Calvario. Quizá porque los humanos hemos establecido nuestras propias reglas de juego y no nos decidimos a aceptar el desafío del amor que nos ha lanzado Jesús. Los deseos de comodidad, de éxito, de placer o de predominio nos hacen temer el riesgo de amar y servir sin condiciones.

Pero los cristianos no somos los seguidores de un hombre sublime, condenado a muerte al fracasar su proyecto bello pero impracticable. Somos los discípulos de Cristo, resucitado y glorioso, que vive y que da vida; porque ciertamente en la cruz el gran derrotado fue el mal en todas sus formas: el odio, la mentira, el pecado y aun la muerte. Cristo, poderoso con el poder del amor, que es poder de Dios, triunfó de la misma muerte y con ese mismo poder nos vivifica a nosotros hoy, para que no dejemos de proponer su invariable, sencillo y difícil programa a cada hombre y mujer, a las familias, a los jóvenes, a los trabajadores de la ciudad y del campo, a los responsables de las naciones de la tierra: «ámense unos a otros como yo los he amado». A partir de este mandato de Jesucristo y de su muerte redentora que lo avala, los cristianos tenemos una visión del mundo y de la historia, una concepción de las relaciones entre los hombres y entre los pueblos, una manera de tratar los conflictos, unas convicciones esenciales acerca de la dignidad del hombre, del sentido de la vida, de los valores humanos y de cuáles son los medios auténticos para promoverlos.

Celebrar la muerte y la resurrección de Cristo en esta Semana Santa es reafirmar nuestra fe en la verdad de su mensaje y acrecentar nuestra esperanza en que el amor y la vida tendrán siempre la última palabra. ¡Feliz Pascua de Resurrección!

Con mi bendición.